

ADÚLTERA

Dejó escapar una sonrisa al abrir su diario por la última página escrita. Por primera vez en el día estaba sola y la reciente viuda de Poveda no necesitaba fingir su aflicción. Al contrario, se sentía embargada por un sentimiento de libertad que no recordaba desde mucho antes de casarse con Lucas. Hoy no escribiría a escondidas.

«¿Cómo había dicho el funcionario?, ¿lamento informarle?», pensó al agarrar la estilográfica para comenzar a escribir.

—¡Lamento informarle! —repitió en voz alta— ¡Ja!

Fue imposible reprimir la carcajada. Se enjugó las lágrimas antes de comenzar a escribir.

«Lunes, 17 de mayo de 1886.

Lucas, mi marido, murió ayer por noche. Un funcionario de la Delegación de Gobierno ha venido expresamente para decírmelo. No recuerdo cuáles fueron sus palabras exactas, pero habló de una terrible pérdida para toda la sociedad y especialmente para mí. Querido funcionario, te podías haber ahorrado las palabras que se referían a mi terrible pérdida, pero hasta tu visita, ni por asomo esperaba que el retorcido plan para terminar con su vida surtiera el efecto deseado. Era tan... tan inverosímil. Pero al dejarme sus efectos personales he comprendido que, definitivamente, había funcionado. He dejado sobre la mesa la boina encarnada con la borla blanca, el pañuelo azul y la pelliza de zorra que, entre otras cosas que de verdad le habían pertenecido, figuraban entre los enseres personales que portaba en el momento de su defunción. Me ha sorprendido, pero, al preguntar sobre ellos, me ha confirmado que sus manos parecían entumecidas de la fuerza con la que los estaba sujetando al morir, por eso intuieron que eran suyos. El hecho del triste accidente del tren, que le ha costado la vida a un hombre y heridas graves a otras, debió producirle una profunda impresión. Tanta como para que, unido a que esa mañana, “sin querer”, se tomara harina de trigo en lugar de la insustituible medicina para el corazón y a la aparición de uno de los hombres de Ciudad Real (estoy segura de que lo reconoció, ¡es tan bien parecido!), aquellos a los que acusó falsamente de robar una yegua para no tener que reconocer que su mujer era una adúltera y que le encantaba tener sexo con cuantos más varones mejor, haya servido para terminar, por fin, con su vida. Todavía recuerdo la paliza que me dio y todos los malos tratos con los que me ha obsequiado casi a diario desde entonces. Hoy se ha terminado todo. En cuanto pase el funeral pienso devolver el pañuelo azul a su propietario y también todo lo demás para que se lo devuelva a sus amigos. Suena indecente, pero hay muchas probabilidades de que lo haga desnuda».

Cerró el diario y puso todo su empeño en colocar el capuchón a la estilográfica sin mancharse.

Hoy, por fin, dormiría sola.